

EL SEGUNDO ENCUENTRO.

–Según lo que hablamos la última vez no solo cumplirás la función de chofer sino también de «asistente» –dijo recordándome lo que habíamos hablado en la reunión anterior.

Le dije que tenía aquello bien presente y que estaba dispuesto a aprender lo que fuera necesario para ser competente en el servicio.

Caminamos hasta una sala que era una oficina completamente equipada. Me dijo que ese sería mi lugar de trabajo mientras no estuviera manejando. La oficina contaba también con una gran cantidad de libros dispuestos en hermosas estanterías de madera empotradas en la pared que llamaron mucho mi atención.

–¿Te gusta leer? –me preguntó al ver que yo estaba apreciando aquello.

–Sí, he leído algunos libros –dije.

–Eso es bueno porque será necesario para tu entrenamiento –agregó– ¿Has leído este? –dijo y sacó uno de la estantería y me lo entregó. Él ni lo miró, al parecer sabía su ubicación de memoria.

Era un libro de tamaño mediano con tapas duras y tenía una pluma como portada. Decía «Ilusiones» y el autor era *Richard Beach*.

–No, éste nunca lo he leído –dije–. ¿Y de qué trata? –pregunté curioso.

–Eso es lo que quiero que averigües. Tómalo como una tarea seria ya que forma parte de tu capacitación –me advirtió casualmente. Le dije que no habría problemas con eso.

Me dio entonces otras instrucciones sobre mis quehaceres. Quería que transcribiera unos manuscritos y los guardara ordenadamente en su computadora y me habló explícitamente sobre tomar notas en las reuniones.

–¿Tienes alguna pregunta al respecto? –dijo después de explicarme los detalles.

–Tengo una duda sobre la tarea de tomar notas.

Alessio me miró atento.

–La verdad es que no se si puedo escribir tan rápido –le expliqué.

Alessio sonrió. Al parecer no era tan grave el asunto.

–No te preocupes por eso, no espero que escribas todo tal cual se dice, lo que me interesa rescatar es la idea general, el concepto, y para ello puedes escribir palabras claves que te ayuden más tarde a recordar y entonces completar la idea, por tu cuenta, para lo cual deberás prestar mucha atención –dijo quitándome la preocupación de encima.

–¡No sería una buena idea grabar o filmar las charlas para después transcribirlas, o bien llevar un archivo audiovisual! –dije con entusiasmo lo que creí era un buen aporte de mi parte.

–¡De ninguna manera! –dijo Alessio en tono firme y serio, aunque no enojado–. ¡Ese no es el punto!

Guardé silencio, no supe que decir.

–Tenemos que invadir lo menos posible la privacidad de las personas presentes en las reuniones –dijo explicándome la razón, la cual entendí claramente, y eso era muy lógico. Pensé en

decirle que podía grabar a escondidas pero me quedé callado. No quería sonar terco ni perder el trabajo antes de empezar.

Luego Alessio me dijo que estarían ausentes unos días y que en ese lapso me dedicara a las tareas descritas. Y me dio otra a la cual le confirió gran importancia. Era una encomienda. Tenía que entregarle una carta a una persona.

–Es extremadamente importante que le entregues esta carta al señor Harbi personalmente – me advirtió serio.

Tomé el sobre y leí la etiqueta. Decía: «Para Harbi Isa de Alessio Materazzi» y también había una dirección que mentalmente ubiqué en *Pembroke Pine*.

–¿Cuándo quiere que le haga entrega de esto?–pregunté entonces.

–Cuando puedas en el transcurso de mi ausencia –dijo.

–¿Usted podría facilitarme el número telefónico del señor Harbi para llamarlo antes de ir, así me cercioro de que esté disponible?

Alessio me miró y se rio con ganas. Yo no entendí por qué.

–El viejo Harbi no usa teléfono –comentó entonces todavía entre risas–; dice que no le gusta estar sitiado. Es de la vieja escuela.

Lo miré sorprendido pues no entendía como alguien en Estados Unidos podía vivir sin teléfono.

–Pero no te preocupes que cuando decidas ir, él estará ahí para ti –dijo trémulo.

Asentí extrañado, no entendía eso de que él estaría allí cuando yo decidiera ir. Razoné entonces que debían ir las veces que fueran necesarias hasta dar con él.

–Eso sí, no puedes entregar la encomienda a nadie más que no sea a Harbi personalmente. Mucho menos dejarla en la puerta de su casa, has entendido el nivel de importancia que tiene, ¿verdad? –indagó para cerciorarse de que le había entendido correctamente. Le dije que sí, que no se preocupara por eso que yo sabría cumplir con la tarea. Entonces se despidió y me deseó suerte, pero no sin antes darme una última advertencia.

–No te sientas incomodo si Harbi eleva un poco la voz o si dice improprios delante a ti. Él es así. Es un coronel retirado excesivamente estricto y con muy mal humor. Pero no le prestes atención a eso –dijo por último y se marchó antes de que pudiera hacer algún comentario.

No supe que pensar al respecto. Lo único que quería era no quedar mal. Una vez solo, lo primero que hice fue ojear el libro. Leí el epílogo y decía;

(A continuación un extracto del epílogo del libro «Ilusiones» de Richard Beach).

...mientras dormía, soñé.

Estaba arrodillado sobre la hierba, de espaldas a mí, reparando el boquete que el escopetazo había abierto en el costado del Travel Air. Junto a su rodilla había un rollo de tela para aviones de primera calidad y un bote de pegamento.

Sabía que soñaba, y sabía también que era real.

–¡DON!

Se levantó lentamente y se volvió para mirarme, sonriendo al observar mi pena y mi alegría.

–Hola, amigo –dijo.

Las lágrimas me impedían ver. La muerte no existe, la muerte no existe en absoluto, y aquel hombre era mi amigo.

–¡Donald!... ¡Estás vivo! ¿Qué tratas de hacer?

Corrí hacia él. Le rodeé con los brazos y era real. Palpé el cuero de su chaqueta de aviador, estrujé sus brazos.

–Hola –repitió–. ¿No te molesta? Lo que intento hacer es remendar este agujero.

Estaba tan contento de verle, que nada era imposible.

–¿Con pegamento y tela?– exclamé.

–Con pegamento y tela tratas de reparar... No se hace así. Aquí lo tienes, perfectamente terminado...– y mientras pronunciaba estas palabras deslicé la mano como si fuera una pantalla frente al boquete desgarrado y ensangrentado. Cuando la mano pasó de largo, el agujero había desaparecido. Solo se veía la superficie del avión, pulida como un espejo, sin un solo remiendo desde la nariz hasta la cola.

–¡De modo que así es como lo haces! –exclamó, y sus ojos oscuros reflejaban el orgullo por el alumno torpe que al fin triunfa como mecánico dental.

No me pareció raro. En sueños, esa era la forma de hacer el trabajo.

Junto al ala ardía una fogata matutina y sobre ella se balanceaba una sartén.

–¡Estás haciendo algo, Don! Nunca te había visto cocinar. ¿Qué es?

–Pan frito –dijo con la mayor naturalidad–. Lo único que deseo hacer contigo es enseñarte a prepararlo.

Cortó dos rebanadas con su navaja de bolsillo y me pasó una. Mientras escribo esto, aún recuerdo ese sabor... el sabor de serrín y cola de encuadernación rancia, recalentados en grasa.

–¿Qué te parece?–preguntó.

– Don...

–La Venganza de Fantomas –me dijo, sonriendo.

–Lo prepararé con yeso –. Volvió a depositar su parte sobre la sartén –. Para recordarte que, si alguna vez deseas instigar a alguien al estudio, debes hacerlo con tu conocimiento y no con tu pan frito. ¿Entendido?

–¡NO! ¡Quién me ama, ama mi pan! ¡Es la esencia de la vida, Don!

–Muy bien. Pero te garantizo... que tu primera cena con un discípulo será la última si le sirves esta bazofia.

Reímos y luego nos quedamos callados. Yo lo miré en medio del silencio.

–¿Estás bien, verdad, Don?

–¿Esperabas que estuviera muerto? Vamos, Richard.

–¿Y esto no es un sueño? ¿No olvidaré que te he visto ahora?

–No. Esto es un sueño. Es otro espacio–tiempo y en cualquier espacio–tiempo distinto es un sueño para un buen terráqueo cuerdo, cosa que tú serás todavía durante una temporada. Pero lo recordarás y eso cambiará tu manera de pensar y tu vida.

–¿Volveré a verte? ¿Regresarás?

–No lo creo. Quiero trascender los tiempos y los espacios... De hecho, ya los he trascendido. Pero existe este vínculo entre nosotros, entre tú y yo y los otros de nuestra familia. Si te paraliza un problema, grábatelo en la cabeza y échate a dormir y nos encontraremos aquí junto al avión y lo discutiremos, si lo deseas.

–Don...

–¿Qué?

–¿Cuál es la explicación de la escopeta? ¿Por qué sucedió? El hecho de que te volaran el corazón con una escopeta no justifica tu poder y tu gloria.

Se sentó en la hierba, junto al ala.

–Como no era un Mesías famoso, Richard, no tenía que demostrarle nada a nadie. Y como tú necesitas práctica para no dejarte conmovir por las apariencias y para regocijarte con ellas– agregó lentamente–, te hacía falta algunos simulacros para tu adiestramiento. Además, a mí me divirtió. Morir es como zambullirse en un lago profundo en un día caluroso. Sientes la conmoción del frío, del cambio brusco, del dolor que te produce durante un segundo, y luego la aceptación es como nadar en la realidad. Pero al cabo de muchas experiencias, incluso la conmoción desaparece.

Transcurrió un largo rato y luego se puso en pie.

–Sólo a unas pocas personas les interesa tu mensaje, pero no te preocupes. Recuerda que la calidad del maestro no se mide por la magnitud de sus auditorios.

–Don, te prometo que lo intentaré. Pero apenas deje de interesarme en este trabajo, huiré definitivamente.

Nadie tocó el Travel Air, pero la hélice giró, el motor despidió un humo azul y frío, y su potente ronquido pobló la pradera.

–Acepto la promesa, pero...–me miró y sonrió como si no me entendiera.

–¿Aceptas pero qué? Habla. Con palabras. Dímelo. ¿Qué es lo que a tu juicio falla?

–No te gustan las muchedumbres– respondió.

–No, cuando tiran de mí. Me gusta conversar e intercambiar ideas, pero esa veneración que te tributaron a ti y la dependencia... confío en que no me pidas... ya he escapado...

–Quizás sea sencillamente un estúpido, Richard, y no vea algo evidente que tú ves con mucha nitidez. Si es así, te agradecería que me lo dijeras, pero ¿qué tiene de malo ponerlo por escrito? ¿Existe alguna regla en virtud de la cual se prohíba a un Mesías escribir lo que considera cierto, lo que le ha producido placer, lo que le estimula? Así, si a la gente no le gusta lo que dice, en lugar de matarle podrá quemar sus palabras, o apalear las cenizas con una vara. Y si le gusta, podrá releer su verbo, o estamparlo en la puerta de una nevera, o jugar con las ideas que entiende. ¿Hay algo malo en escribir? Quizá sea sencillamente un estúpido.

–¿En un libro?

–¿Por qué no?

–¿Sabes cuánto trabajo...? Me prometí no volver a escribir otra palabra en toda mi vida.

–Vaya, lo siento– dijo –. Ahí tienes. No lo sabía– subió al ala inferior del avión y luego se introdujo en la carlinga.

–Bueno, volveré a verte. Ten paciencia, y todo lo demás. No permitas que las multitudes te alcancen.

–¿Estás seguro de que no quieres escribirlo?

–Jamás– respondí –. Ni una palabra más.

Se encogió de hombros y se calzó los guantes de vuelo. Accionó la palanca de gases y el ruido del motor retumbó y revoloteó a mi alrededor hasta que desperté bajo el ala del Fleet con los ecos del sueño aún en mis oídos.

Me hallaba solo. El campo estaba tan silencioso como la nieve en un otoño verde sutilmente posada sobre la aurora y el mundo.

Y entonces, por pura distracción, antes de despertarme totalmente, cogí mi diario y empecé a escribir, como un Mesías en un mundo de otros Mesías, acerca de mi amigo:

1. Vino al mundo un Maestro nacido en la Tierra Santa de Indiana.

Quando leí aquello me pareció extraño porque no entendí lo que Alessio quería que yo aprendiera de ese libro. Razoné que si me lo había entregado por error no podía obviarlo, tenía que leerlo igualmente, así que lo hice, y lo que leí me gusto, de manera que seguí leyéndolo con interés.

También me dediqué a transcribir los archivos, que eran numerosos. Me sorprendió el hecho de que todos estaban escritos en español.

Sobre el tercer día, obstinado en la tarea, decidí visitar al Señor Harbi para hacerle entrega de la carta que Alessio me había encomendado para él.